

Intervención del secretario de Relaciones Exteriores, Luis Ernesto Derbez, con motivo del CXCVII aniversario del natalicio de Benito Juárez*

Senador Carlos Chauran, vicepresidente de la Mesa Directiva de la Cámara de Senadores;

Diputado Armando Salinas, presidente de la Mesa Directiva de la Cámara de Diputados;

Ministro Mariano Azuela, presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación;

Señoras y señores representantes del cuerpo diplomático;

Señoras y señores:

En mayo de 1863, al tener conocimiento de la caída de Puebla, el presidente Benito Juárez escribía: “grande ha sido el revés que hemos sufrido; pero es más grande nuestra constancia y decisión, y seguiremos la lucha con más ardor, con la seguridad de que la victoria será nuestra, porque la nación todavía tiene vida y tiene hijos esforzados que la defienden”. Hoy rendimos un nuevo homenaje a la tenacidad, al temple, a la lucidez de pensamiento y de propósitos de este mexicano excepcional.

Honramos al hombre que desde su natal Oaxaca inició un largo itinerario personal que lo condujo a dirigir los destinos de

*Palacio Nacional, México, DF, 21 de marzo de 2003.

Fuente: Secretaría de Relaciones Exteriores.

la patria; honramos al gran reformador, al legislador que sentó las bases del México moderno. Honramos también al estadista que enunció algunos principios fundamentales de convivencia entre las naciones, y que luchó por ellos. Honramos su legado espiritual, de extraordinaria vigencia.

Benito Juárez vivió uno de los episodios más difíciles de la historia patria; combatió la anarquía, la guerra civil, el hostigamiento extranjero y un imperio efímero impuesto desde fuera; al final de su vida, alejadas las amenazas externas, se ocupó de la reconstrucción y progreso del país. De cada prueba salió fortalecido, y engrandeció a la patria. Tenía la rara cualidad, admirada incluso por sus detractores, de ser un hombre de acción con grandeza intelectual. Cada uno de sus actos respondía a necesidades inmediatas, imperativas, pero siempre lo acompañó una aguda visión de estadista y una ética inquebrantable.

Hoy, a casi 150 años de que este ilustre mexicano iniciara la defensa apasionada de México, podemos afirmar que las raíces juaristas ofrecen guía a la diplomacia y a la política exterior mexicana del siglo XXI.

En el apogeo del imperialismo y del colonialismo, Benito Juárez alzaba la voz a favor de la libre determinación de los pueblos y de una relación de equidad y respeto entre los Estados. En julio de 1867 pronunció las palabras que han quedado grabadas en la mente y en el corazón de cada mexicano:

Que el pueblo y el gobierno respeten los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz. Confiemos en que todos los mexicanos, aleccionados por la prolongada y dolorosa experiencia de las calamidades de la guerra, cooperemos en lo adelante al bienestar y prosperidad de la nación, que sólo pueden conseguirse con un inviolable respeto a las leyes.

En este apotegma, Benito Juárez enunció con claridad principios de convivencia internacional, anticipándose a la construcción de un orden mundial más justo, basado en normas de derecho. Su mayor contribución al pensamiento internacional fue su defensa de la soberanía y de la legitimidad democrática.

Para Juárez, sólo la razón y el derecho podían instaurar la paz. En el siglo de los imperios era difícil imaginar la construcción de una entidad colectiva dedicada a mantener la paz internacional y el progreso social, que menos de 100 años después se llamaría Organización de las Naciones Unidas (ONU). Sin embargo, las palabras de Juárez resuenan en la Carta de San Francisco, cuando ésta proclama: “nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas, estamos resueltos a practicar la tolerancia y a convivir en paz como buenos vecinos y a unir nuestras fuerzas para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales”.

En el contexto histórico que ha regido la actuación de nuestro país en sus relaciones exteriores, el legado de Juárez figura en diversos principios y posiciones de política exterior, como la llamada Doctrina Estrada. Dicha doctrina es una consecuencia de dos principios básicos del derecho internacional público: la autodeterminación de los pueblos y la no intervención en los asuntos de jurisdicción interna. Cuando Benito Juárez declaraba que “el respeto al derecho ajeno es la paz”, expresaba que cada Estado es libre de adoptar el régimen jurídico que mejor le conviene; también significaba el respeto a nuevos gobiernos o formas de gobierno, independientemente de cómo se habían constituido.

Pero las raíces juaristas deben llevarnos a entender nuestras acciones de política exterior como parte de la consolidación de los cambios internos que nuestra nación aún debe lograr. El posicionamiento internacional de nuestro país se traduce en respeto y prestigio, en confianza para los gobiernos y bloques

regionales con quienes hemos establecido relaciones políticas y económicas privilegiadas. Protegemos nuestros intereses al intervenir activamente en las negociaciones de nuevas reglas internacionales, sean éstas comerciales, relativas al combate a la corrupción o al terrorismo, por mencionar sólo unas. Así como en la esfera interna queremos recuperar la dignidad de las personas con discapacidad y permitirles un mejor acceso a la vida laboral y comunitaria, en la esfera internacional presentamos una iniciativa para elaborar una convención internacional para proteger y promover los derechos de las mismas personas con discapacidad.

Nuestra visión, nuestro trabajo, son de largo aliento. Queremos consolidar la posición de nuestro país para las próximas décadas. En un mundo donde priva la competencia, debemos garantizar espacios para México, para el México de hoy y también para el de nuestros hijos. Garantizarles paz y prosperidad en lo interno y en el mundo. Recordemos, por ejemplo, que los vínculos económicos privilegiados y los acuerdos comerciales tienen como horizonte el largo plazo; en ocasiones sus beneficios no se aprecian de inmediato. En el ámbito político, las relaciones duraderas y sustantivas se construyen sin precipitaciones y con metas claras. No se avanza siempre a la velocidad deseada, o la coyuntura no permite ese avance; convencer a los interlocutores de las ventajas mutuas puede tomar tiempo. Importa construir el camino con visión y con recursos para eliminar los obstáculos gradualmente.

Ser más activos en la arena internacional no es tarea fácil. El respeto y el prestigio se ganan, como nos lo enseñó Benito Juárez. Una presencia fortalecida conlleva más amplias responsabilidades, decisiones de mayor trascendencia, y también riesgos. Eso lo saben las naciones acostumbradas al liderazgo en las decisiones más importantes para la comunidad internacional, naciones que asumen los riesgos sin temor, con la con-

vicción de que los beneficios de sus actos son superiores a las desventajas que acarrea el aislamiento.

El presidente Fox anunció la decisión de su gobierno de buscar un asiento en el Consejo de Seguridad como miembro no permanente, el día mismo en que asumió la suprema magistratura. Fue una decisión de Estado, consecuente con la formulación de una nueva política exterior. En ese foro hemos participado en graves decisiones para la humanidad. Nuestra participación en el Consejo de Seguridad desde el año pasado fue una decisión acertada: gracias a sólidas posiciones, a la coherencia de nuestra política exterior, hemos logrado el respeto de países de todos los hemisferios. No hemos sido espectadores pasivos ni hemos obstaculizado negociaciones; todo lo contrario. En las últimas semanas, la diplomacia mexicana ha contribuido con su talento y sus energías a una de las negociaciones de mayor trascendencia para la comunidad internacional. En la crisis de Iraq, México avanzó iniciativas para conciliar posiciones y buscar, en plazos razonables, el desarme completo de este país. México persiguió que se preservara la unidad del Consejo, esencial para la seguridad internacional, e intervino con los principales actores a fin de conseguir este propósito.

Más allá de la crisis iraquí, debemos tener en la mira uno de los principales desafíos de los años por venir, y que justamente señalaba el secretario general de la ONU, Kofi Annan, hace algunos días: la amenaza que representan para la humanidad las armas de destrucción masiva. Mientras éstas se sigan desarrollando en diversas partes del mundo, mientras no se revierta la inquietante tendencia a la proliferación, no podremos prescindir del sistema de seguridad colectiva. México tiene una larga tradición de defensa del multilateralismo y de sus mecanismos para preservar la paz y la seguridad internacionales. Hemos propugnado desde hace décadas el desarme general y

completo, y combatido la proliferación de armas de destrucción masiva. Gracias a un largo esfuerzo diplomático iniciado por México, toda América Latina y el Caribe han quedado ya libres de armas nucleares. De cara al futuro, y tomando en cuenta nuevas amenazas como el terrorismo transnacional, consideramos esencial el fortalecimiento del régimen de seguridad internacional, basado en el respeto de sus procedimientos.

Lo más notable de la vida de Juárez fue la extraordinaria coherencia entre sus acciones internas y externas. Fue modernizador, demócrata, liberal y anticolonialista en un mundo todavía dominado por monarquías conservadoras, interesadas en conquistas territoriales. Juárez se ganó el respeto de la comunidad internacional y pudo fortalecer su programa político interno.

De la misma manera, uno de los mandatos del cambio que enarbó el presidente Vicente Fox en el año 2000 fue la modernización de la política exterior, su adecuación a la nueva realidad interna. El gobierno del presidente Fox busca, para nuestro país, una relación madura, basada en el respeto mutuo, con nuestros principales socios internacionales; también una participación más decidida en los foros donde se discuten, se negocian y se adoptan las nuevas reglas y las normas fundamentales que nos regirán en las próximas décadas.

Juárez no conoció tribuna internacional alguna desde la cual exponer sus elevados principios morales para una convivencia internacional más justa; tuvo que emprender solo la defensa de México. Hoy existen tribunas, mecanismos y reglas. En un mundo todavía imperfecto, debemos defender el multilateralismo y sus valores con la misma dignidad y visión de Juárez.

Debemos mantener una coherencia entre nuestros objetivos internacionales y los internos. No perdamos de vista que la política exterior contribuye al objetivo primordial del gobierno

del presidente Fox: el bienestar económico y social de la población mexicana. La solidaridad y cohesión que impulsamos afuera, para aliviar los problemas que aquejan al mundo, debemos encontrarlas adentro para realizar las reformas que conduzcan a una mayor prosperidad de la nación.